

LA RELACIÓN ESTADOS UNIDOS– AMÉRICA LATINA: UN RETO PARA OBAMA

■ Thomas Legler* y Anabel López** ■

El gobierno de Barack Obama heredó de la administración de George W. Bush una relación particularmente problemática con sus vecinos latinoamericanos. Se puede decir que, de diversas maneras, con la entrada del nuevo milenio, la relación entre Estados Unidos y América Latina tocó su punto más bajo en las últimas décadas; se caracterizó por la falta de confianza hacia Estados Unidos, los esfuerzos para excluir a este país de los esquemas regionales (en especial en Sudamérica) y el creciente sentimiento antiyanqui.

* Es profesor investigador del Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad Iberoamericana y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) Nivel 1. Es coeditor de *Promoting Democracy in the Americas* (Johns Hopkins University Press, 2007) y coautor de *Intervention without Intervening: The OAS Defense and Promotion of Democracy in the Americas* (Palgrave, 2006).

** Es estudiante de Relaciones Internacionales en la Universidad Iberoamericana y actualmente se desempeña como asistente de investigación del doctor Legler.

Al mismo tiempo, hay avances regionales recientes de gran importancia que han adquirido el potencial de modificar, de manera permanente, la naturaleza de la relación entre Estados Unidos y América Latina. En los últimos años, los gobiernos de la región han desarrollado una mayor iniciativa para solucionar y participar en asuntos tanto interamericanos como globales. Esto les permitió gozar de mayor autonomía y flexibilidad en su política exterior, así como de una mayor diversificación en sus relaciones con el exterior en materia política y económica. Es posible que seamos testigos de una auténtica consolidación de la madurez de América Latina en términos de diplomacia y liderazgo regional. Es decir, mientras que en el pasado los países latinoamericanos se subordinaban, en gran parte, al liderazgo estadounidense, hoy en día encontramos que gozan, cada vez más, de una posición en la cual están dispuestos a asumir un papel central en el manejo y la solución de los problemas clave en la región.

La administración de Barack Obama enfrenta dos grandes retos. No sólo se verá obligada a reparar el daño causado por Bush hijo en la relación con América Latina, sino que además lo deberá hacer de manera que se refuerce la capacidad de los gobiernos latinoamericanos para continuar asumiendo una responsabilidad colectiva y un mayor protagonismo en la solución de los problemas que aquejan a la región.

En términos de la relación con Latinoamérica, el gobierno de Clinton le heredó a su sucesor un legado mayoritariamente positivo al momento de la toma de posesión en enero de 2001. Nunca antes las élites políticas de la región habían gozado de una relación tan amistosa con sus contrapartes estadounidenses como durante la década de los noventa. Las élites concordaban en materia de políticas económicas, como bien ejemplifica el Consenso de Washington, al igual que en términos de ideales políticos, como podemos ver en la noción de democracia representativa. Las cumbres de las Américas, que tuvieron su origen en Miami, en 1994, crearon

por primera vez un foro hemisférico donde los líderes de la región podían reunirse de manera periódica para tratar los problemas más inmediatos. No obstante, con la llegada del nuevo milenio, creció la percepción de que la administración de Clinton había desaprovechado aquella coyuntura sin precedentes de relaciones cordiales, en un contexto de posguerra fría, para promover adecuadamente el desarrollo de América Latina y fortalecer las democracias de la región.

En sus inicios, el gobierno de Bush heredó parte de la buena voluntad construida durante la era Clinton. Por ejemplo, cuando ocurrieron los ataques del 11 de septiembre de 2001, se vio una ola de apoyo y simpatía hacia Estados Unidos por parte de los otros 33 líderes electos de la región, que se encontraban reunidos ese mismo día en la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA) con sede en Lima, Perú. Se reflejó cuando recortaron su acalorado debate para aprobar la Carta Democrática Interamericana en tiempo récord, y de esta manera permitir que el entonces secretario de Estado, Colin Powell, pudiera regresar a su país a lidiar con los ataques del 11 de septiembre.

Lamentablemente, Bush no tardó en socavar la buena voluntad demostrada aquel día por parte de sus contrapartes latinoamericanas. Una serie de medidas adoptadas, semejantes a las prácticas de la época de la Guerra Fría, erosionaron la confianza en las intenciones del país estadounidense. Un ejemplo fue la declaración pública por parte de la administración de Bush tras el golpe de Estado en contra de Chávez en 2002, en la cual, a diferencia de otros gobiernos del hemisferio occidental que condenaron el acto, incluso señaló que Chávez había obtenido su merecido. El International Republican Institute levantó sospechas de complicidad tras los esfuerzos por desestabilizar al gobierno haitiano de Jean-Bertrand Aristide. Oficiales estadounidenses intervinieron en procesos electorales, en repetidas ocasiones, en países como Bolivia, El Salvador y Nicaragua. Este tipo de acciones dañaron considerablemente

el régimen interamericano de defensa colectiva de la democracia, que había sido creado con gran esmero durante la década de los noventa. De igual manera, quedó eliminada la credibilidad estadounidense como promotor y defensor de la democracia.

La falta de respuesta por parte de Estados Unidos ante la crisis Argentina de 2001 tampoco ayudó a su reputación en América Latina. Basta decir que durante esta época la inversión estadounidense en Argentina fue reducida a la mitad, mientras que China aprovechó la oportunidad incrementando su presencia de manera considerable. A pesar de un comienzo prometedor en la relación entre el presidente Bush y Vicente Fox, Estados Unidos decepcionó a su vecino del sur al no haber impulsado una solución de mutuo entendimiento con respecto al tema migratorio. Sin lugar a dudas, la decisión de construir un muro a lo largo de la frontera compartida en 2007 dañó aún más las relaciones bilaterales entre México y Estados Unidos. El trato muchas veces severo en contra de los migrantes mexicanos y latinoamericanos, la invasión a Irak y la sospechosa prisión de Guantánamo dieron pie a los crecientes sentimientos de antiamericanismo a lo largo de la región. Los esfuerzos llevados a cabo para castigar a Estados como Cuba a través de fuertes sanciones, así como a Bolivia y Venezuela por medio de la certificación anual antidrogas, erosionaron todavía más la relación interamericana. Al término de la presidencia de George W. Bush, tanto Venezuela como Bolivia cortaron relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

Finalmente, tras nueve viajes a América Latina, Bush no logró cambiar la percepción general de que su gobierno había ignorado a la región. Por un lado, no ayudó el hecho de que la guerra contra el terrorismo, con epicentro en el Medio Oriente, distrajo la atención de su gobierno. Sin embargo, también existía la idea compartida de que Estados Unidos había invertido muy poco en el desarrollo económico regional. Sus acciones se limitaron a unos cuantos acuerdos de libre comercio con países

como Panamá, Colombia y el Tratado de Libre Comercio entre República Dominicana, Centroamérica y Estados Unidos (DR–CAFTA), así como proyectos de financiamiento a través del “Millennium Challenge Account”, cuyos recursos fueron dirigidos a sus aliados estratégicos.

Ciertamente, una gran parte de los latinoamericanos culpa a las reformas de mercado, llevadas a cabo durante la época del Consenso de Washington, por la creciente pobreza y profunda desigualdad que aqueja a la región. No obstante, también es cierto que tras la llegada del nuevo milenio se dio un cambio con el regreso de economías robustas y un mayor crecimiento económico en la región.

Para ser justos, no todo el giro negativo en la relación entre Estados Unidos y América Latina fue resultado de la política exterior de George W. Bush. La población latinoamericana ya se encontraba ávida de una mejoría sustancial en el momento en que Clinton dejó la presidencia en 2001.

Cabe mencionar que, además, surgió una serie de eventos que alteró de manera dramática el sistema interamericano. Un incremento en las victorias electorales de la izquierda trajo consigo gobiernos extremadamente críticos, tanto del modelo estadounidense de economía de mercado como de su modelo de democracia liberal. Estos gobiernos y sus seguidores perseguían una mayor igualdad y justicia social a través de un incremento del papel del Estado en la economía y una democracia de carácter participativo y plebiscitario. El discurso nacionalista y antiamericano se volvió característico de los gobiernos más radicales como Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Venezuela.

A pesar de sus diferencias, esta nueva generación de gobiernos de izquierda comparte el deseo de limitar e incluso terminar con la influencia estadounidense (y canadiense) en la región. En su lugar, buscan promover que los países latinoamericanos gocen de un papel más dominante en el diseño de las nuevas estrategias económicas y esquemas regionales de

integración, y que se construya un nuevo sistema multilateral interamericano de gobernanza a través del cual se puedan solucionar los problemas regionales. En la Cumbre de las Américas de 2005 en Mar del Plata, Argentina, una coalición de estos gobiernos de izquierda logró poner fin a la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), una iniciativa patrocinada por Estados Unidos.

Consecuentemente, hemos sido testigos del surgimiento de nuevos foros multilaterales regionales y subregionales, en los cuales han sido excluidos, en forma intencional, Estados Unidos y Canadá. Éstos incluyen las Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno, la Unión de Naciones de América del Sur (UNASUR), el Banco del Sur, el Consejo de Defensa Sudamericano, la Alternativa Bolivariana para América Latina y El Caribe (ALBA) y, más recientemente, la Cumbre de América y el Caribe (CALC). Algunos expertos incluso consideran que la CALC podría ser el potencial sucesor de la OEA. Estas organizaciones tienen la capacidad de desafiar el antiguo dominio de las instituciones regionales lideradas por Estados Unidos, incluyendo la OEA y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Detrás de esta nueva iniciativa latinoamericana se encuentra un dramático cambio geopolítico regional. Bajo los gobiernos de Lula y Cardoso, Brasil se ha proyectado de manera exitosa como un polo de poder global y regional. Este país, y no Estados Unidos, encabeza hoy en día la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH), algo sin precedentes en la historia interamericana. De igual modo, Brasil ha convertido el cambio climático y las políticas medioambientales en una prioridad para su país, y bien podría ganarle terreno a Estados Unidos en la materia. La posesión y el reciente descubrimiento de grandes reservas energéticas en Brasil, Venezuela, Bolivia, Colombia y Perú, tanto de depósitos de gas natural como de petróleo, los han convertido en nuevas potencias energéticas. La reciente “petrodipomacia” de Vene-

zuela, que cuenta con recursos equivalentes o superiores a los que dispone Estados Unidos en la región, demuestra claramente la capacidad de estos países para perseguir una agenda de política exterior independiente de los estadounidenses, así como de proyectar sus ideas con un grueso soporte económico capaz de sustentarlas. Esta nueva ecuación regional de poder incluye un importante desplazamiento de un hemisferio bipolar a uno multipolar.

La posición tradicional de Estados Unidos como un actor hegemónico externo en las economías latinoamericanas ha decaído frente al reciente protagonismo de otros actores extrarregionales. La Unión Europea, China, India, Rusia e Irán han tenido importantes avances en la región en materia de comercio, acuerdos de cooperación, inversión y asistencia económica. En 2005, China se convirtió en el tercer mercado más importante para las exportaciones brasileñas y el segundo para Perú, Chile y Cuba. Mientras tanto, la inversión extranjera directa de la Unión Europea en la región superó la de Estados Unidos por más del 50% en 2001. Teherán anunció recientemente el lanzamiento de un banco junto con Venezuela, prueba de la creciente influencia de Irán en la región. El caso de Rusia, como diría Hillary Clinton, es perturbador. Rusia y Venezuela cuentan, en la actualidad, con contratos por más de 4.5 miles de millones de dólares en compra y venta de armas. En noviembre pasado, el presidente ruso Dmitri Medvedev visitó Caracas acompañado de Pedro El Grande, un crucero a propulsión nuclear. Quizás esta declaración no se aleja tanto de la realidad del continente.

Sin embargo, hoy en día, con esta nueva fase de consolidación de la madurez del liderazgo latinoamericano, los gobiernos del hemisferio han alcanzado un punto en el cual gozan de una menor dependencia económica de Estados Unidos. La creciente diversificación económica, sin duda, ha impulsado que ellos gocen de una política exterior de mayor autonomía y flexibilidad. Las islas del Caribe, por ejemplo, han logrado

mantener los acuerdos ya existentes de comercio e inversión con Estados Unidos, mientras que de manera simultánea se han unido a la iniciativa venezolana PETROCARIBE, ejemplificando de esta forma la nueva ola de pragmatismo que existe en la política exterior del hemisferio.

La administración de Obama se ha alejado sabiamente de la política exterior de la era Bush. Su prioridad es recuperar la credibilidad estadounidense y restaurar una sana relación de trabajo con la mayoría de los gobiernos de la región. Las medidas que ha adoptado hasta ahora han sido, en su gran mayoría, de carácter simbólico y procesal. Las decisiones recientes han estado orientadas a mejorar la reputación de Estados Unidos y hacerles saber a los líderes de la región que las relaciones interamericanas, bajo su administración, serán llevadas a cabo partiendo de una base de igualdad y en un ambiente de respeto mutuo. Un claro ejemplo de esto fue la rapidez con la que se reunió con los dos líderes más importantes de la región en los primeros 100 días de su administración: al presidente Lula lo recibió en la Casa Blanca, mientras que viajó a México para reunirse con Felipe Calderón. Durante la Cumbre de las Américas, en Trinidad y Tobago, estrechó cordialmente la mano de su adversario, Hugo Chávez, mientras que, de manera sorprendente, este último regresó el gesto al decir “Quiero ser su amigo”. Obama expresó su interés por crear una alianza entre iguales en la cual ya no existan socios principales y secundarios. Antes de su visita a América Latina, el presidente de Estados Unidos jamás había estado en la región, por lo que llamó la atención su humildad durante la Cumbre al darle mayor importancia a escuchar lo que sus contrapartes tenían que decir que a hacer declaraciones de su parte. Habló de “prosperidad común” dejando en claro que la ayuda que su país está preparado a ofrecer no se trata de “caridad”, sino del inicio de un proyecto conjunto entre economías entrelazadas. Recientemente, el presidente Obama también ha reconocido la responsabilidad parcial de su país por los problemas regionales de narcotráfico,

incluyendo la creciente demanda de drogas por parte de Estados Unidos, así como su papel en el tráfico internacional de armas.

Se vio el reconocimiento de la creciente influencia de países como México, Brasil y Argentina cuando la secretaria de Estado, Hillary Clinton, declaró que la región había pasado de un sistema unipolar, dominado por Estados Unidos, a uno multipolar. Con respecto a Cuba, recientemente Obama anunció la clausura de la prisión de Guantánamo, así como la remoción de restricciones de viaje y remesas para los estadounidenses con familia en la isla, y ha mostrado una voluntad general por iniciar el diálogo con el gobierno de Raúl Castro. Todas estas medidas se han llevado a cabo, como aclaró en su discurso ante la Fundación Nacional Cubano Americana, sin dejar a un lado su principal objetivo para la isla: “libertad”.

Mientras que Obama se ha ganado el respeto de parte de los países de la región, su habilidad para consolidar una relación positiva a futuro con América Latina se ve limitada por diversos retos. Presiones de política interna, ya sea provenientes del Congreso, del sector corporativo, de los sindicatos o de cualquier otro grupo de interés, pesan mucho en su habilidad de llevar a cabo una política con la cual también pueda cumplir con las expectativas de los gobiernos de la región. Problemas regionales como el tráfico de drogas, Cuba, el problema migratorio y los acuerdos de libre comercio, enfrentan fuertes cabildeos internos que podrían limitar o incluso coartar sus iniciativas. Un claro ejemplo es la controversia sobre el bloqueo de camiones mexicanos en territorio estadounidense. A pesar de ser parte del TLCAN, al inicio de su administración Obama cumplió una de sus promesas más importantes de su campaña, y puso fin al programa “Cross Border Demonstrations”. Esta acción fue resultado de la presión política de diversos sindicatos y culminó en una fuerte respuesta por parte de México, quien colocó tarifas arancelarias en 89

productos estadounidenses industriales y agrícolas afectando importantes sectores productivos como el de la papa en Oregón.

La particular mezcla de asuntos “intermésticos” en la agenda de Estados Unidos está inundada de tensiones. Por ejemplo, el equipo de Obama deberá reconciliar la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo con la promoción de la democracia y los derechos humanos, al mismo tiempo que trabajar para mejorar las relaciones con América Latina. De manera similar, la agenda de Obama para la región, al igual que la de su predecesor, deberá competir por permanecer entre las prioridades de la administración que tendrá que lidiar con asuntos pendientes en diferentes partes del mundo, especialmente en Medio Oriente. La política hacia América Latina se verá obstaculizada por la persistente crisis económica y las consecuentes limitaciones presupuestales que recortarán la asistencia económica para la región.

Por las razones ya mencionadas, es muy poco probable que Estados Unidos pueda recuperar su anterior posición hegemónica en las Américas. Sin duda, mientras que diversos gobiernos latinoamericanos se muestran ansiosos por mejorar las relaciones con Obama y darle una oportunidad de probar sus buenas intenciones, también han dejado claro que antes que nada desean determinar las prioridades de la agenda interamericana. Esto se mostró recientemente durante la Cumbre de las Américas en Trinidad y Tobago, así como en la Asamblea General de la OEA con sede en Honduras. Ahí, los Estados miembros llegaron a un consenso sobre la revocación de la resolución que en 1962 suspendió la membresía de Cuba a la Organización. Mientras que, a la fecha, la isla no ha mostrado interés por reincorporarse a la OEA y ha declarado que representa una “decrépita casa vieja de Washington”, los países latinoamericanos no piensan esperar a Estados Unidos para incorporarla a otros foros multilaterales. Actualmente goza de membresía en las Cumbres Iberoamericanas, el Grupo de Río y la CALC. El mensaje sobre el caso cubano para

Washington es claro: los gobiernos latinoamericanos continuarán construyendo la agenda interamericana con o sin Estados Unidos.

La propuesta de Obama de una alianza entre iguales es un enfoque realista para las relaciones con América Latina. Tiene sentido en un contexto en el cual Estados Unidos ya no cuenta con los recursos para lidiar con la región por sí solo. Consecuentemente, la voluntad de los países latinoamericanos para asumir una mayor responsabilidad en el sistema regional es una estrategia rentable para Washington. Contar con que la región al sur de su frontera se encuentra asegurada y manejada por latinoamericanos es también un asunto de seguridad prioritario que le conviene mucho a Estados Unidos.

La administración de Obama deberá tomar medidas concretas para congeniar sus promesas retóricas con procesos que verdaderamente reflejen su compromiso para establecer una relación interamericana de mayor igualdad. Para lograrlo, deberá consignar sus tendencias unilaterales al pasado. Debido a la gran cantidad de intereses afectados en los diversos problemas regionales (narcotráfico, crimen trasnacional, democracia y derechos humanos, cambio climático, migración), también deberá promover prácticas pragmáticas multilaterales en las cuales las voces y aportaciones de los participantes sean atendidas y valoradas por igual. Con respecto a este tema, el Instituto Brookings, a través del reporte de su Comisión “Partnership for the Americas”,¹ en 2008, hizo recomendaciones muy importantes como la creación de redes informales y flexibles orientadas a cuestiones específicas, cuyo propósito sería mejorar y facilitar el diálogo, promoviendo el aprendizaje mutuo sin la rigidez de las negociaciones multilaterales más formales. Simbólicamente, su objetivo por crear un grupo de gestión hemisférica, compuesto de ocho países

1. Partnership for the Americas Commission. *Rethinking u.s.–Latin American Relations: A Hemispheric Partnership for a Turbulent World*, Washington, Brookings Institution, 2008.

líderes del hemisferio occidental, sería reconocer los recientes cambios dramáticos que han ocurrido en las relaciones de poder de la región.

También es de vital importancia, tanto para Estados Unidos como para mejorar las relaciones interamericanas, que Obama le dé prioridad a la relación bilateral entre Estados Unidos y Brasil. Este último es, hoy en día, el eje para el fortalecimiento de las relaciones con América Latina. Hay una gran variedad de temas en los que coinciden los intereses de ambos países. Por ejemplo, el programa de etanol de Brasil, en caso de que se aprobara su uso en Estados Unidos, podría sustituir al costoso programa de maíz estadounidense que, además, ha contribuido al incremento del precio de este grano. Asimismo, hay un gran potencial en las ideas compartidas por los mandatarios de ambos países respecto al desarrollo económico. Obama declaró su interés por promover un enfoque “de abajo hacia arriba” para el desarrollo económico, que tuviera como prioridad la reducción de la pobreza. Sin duda, este tipo de ideas podrían complementar, potencialmente, el Consenso de Santiago propuesto por Lula y la presidenta chilena Bachelet. Se trata de una visión socialdemócrata de la política económica y la integración regional que algunos han descrito como el “Consenso de Washington con una cara más humana”. Con el fracaso de éste en la década de los noventa, el colapso de la iniciativa del ALCA, y el alza de un reto más radical con el proyecto del ALBA, América Latina parece alejarse de un consenso en materia económica. Aunque es poco probable que Brasil dé la bienvenida a Estados Unidos en los esquemas de integración regional sudamericanos, Obama, Lula y Bachelet podrían ayudar a construir puentes que permitieran la creación de estrategias para aliviar la pobreza que aqueja a la región.

Una naciente alianza entre iguales, reflejada en un mayor papel de gobernanza regional para las potencias latinoamericanas, requiere esfuerzos redoblados de ambas partes. Mientras que tradicionalmente los países

latinoamericanos han demostrado una inmensa capacidad en términos de diplomacia declaratoria y retórica, el registro muestra que cuando se trata de aportar recursos económicos para la gobernanza interamericana su participación es decepcionante. Si se quiere que esta alianza funcione, entonces los gobiernos latinoamericanos deberán respaldar sus intenciones con dinero e invertir en las iniciativas multilaterales en las cuales pretenden tener un papel dominante. Es aquí donde aplica la máxima realista: las organizaciones intergubernamentales son sólo tan fuertes como sus miembros quieren que lo sean. Por el momento, la actual crisis económica dificulta llevar a cabo esto para los países de América Latina, quienes deben velar por las prioridades de la región. No obstante, es de esperarse que las aportaciones de países como México, Brasil, Venezuela y Chile comiencen a llegar una vez que los precios del petróleo se recuperen y la crisis haya pasado.

El nacimiento de un liderazgo regional latinoamericano es un avance positivo, sin embargo, aún se trata de un proceso en marcha. En otras palabras, la habilidad de los países de América Latina para mantener dicho liderazgo es todavía precaria. Problemas políticos y económicos al interior de ellos pueden alejar la atención de la agenda regional, al igual que ha sucedido con Estados Unidos.

Otro factor importante es que los recursos humanos y las habilidades necesarias para auspiciar un proyecto como éste todavía son escasos, a pesar de la gran demanda política y económica que existe. Es aquí donde Estados Unidos puede hacer una contribución clave, tanto por interés propio como por el de la región. A través de organismos como la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) podrían entrenar a nuevas generaciones de líderes latinoamericanos y caribeños para que éstos, a su vez, adquiriesen las habilidades que les permitieran dirigir a sus países hacia la búsqueda de un papel más protagónico en las relaciones interamericanas. Esto se puede llevar

a cabo de manera que se vean fortalecidas las instituciones y la cooperación regional. Por ejemplo, Estados Unidos podría llegar a acuerdos con países como México, Brasil y Canadá, que se destacan por sus academias diplomáticas, para promover el entrenamiento en materia de relaciones interamericanas. De igual manera, la asistencia estadounidense podría ayudar a fortalecer instituciones educativas regionales y subregionales como son el Sistema FLACSO, la Universidad de las West Indies y la Universidad Andina, como proveedores clave de capacitación profesional a líderes jóvenes. Cabe destacar que la propuesta para América Latina que presentó Obama durante su campaña prevé el fomento del liderazgo de los migrantes latinoamericanos en la diplomacia pública, ya que considera que estos más de 19 millones de ciudadanos son los mejores embajadores de sus países de origen.

Como conclusión, la crisis en la relación de Estados Unidos con América Latina, que surgió con la entrada del nuevo milenio, representa también una oportunidad fascinante. Las antiguas relaciones interamericanas de dependencia y subordinación tienen actualmente el potencial de convertirse en una alianza en la cual América Latina y el Caribe asuman, por primera vez, un papel dominante en la gobernanza global. Sin embargo, como ya se mencionó, el camino para lograrlo se encuentra plagado de obstáculos. No nos queda más que esperar que tanto Obama como sus contrapartes se pongan a la altura del reto en formas que a la larga resulten mutuamente benéficas.